

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars  
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

**II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO**  
8 – El arrepentimiento de Otmân

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة المظاهر ببيرس

## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”*



# II - Flor de Truhanes del Cairo

## 8 – El arrepentimiento de Otmân

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
 Fecha de Publicación: 23-06-2017  
 Número de páginas: 13  
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 8 – El arrepentimiento de Otmân

Baibars, después de reducir a Otmân y atarle a la entrada de la cueva de los cuarenta ladrones, le ordenó que se levantara y le siguiera para ir al palacio de Naým El-Dîn; pero Otmân, a pesar de los golpes recibidos, no quería moverse de allí...

Y el ráwy prosiguió con su relato...



Sabed, nobles señores, que Baibars quería sobre todo amedrentar a Otmân e intimidarle; por eso medía y moderaba sus golpes, y no le hacía apenas daño. Así que entonces, se armó de su *lett* de Damasco, pegó un fuerte grito, y con un gesto terrible, amagó con pegarle.

- ¡Piedad, soldado! –gritó Otmân-. ¡Concédeme la gracia, iré contigo, pero no me sacudas con esa *albondiguilla*! ¡que Dios maldiga al que la ha fabricado! ¡Por el Secreto de La Dama, si no la llevaras contigo, no te seguiría, así me sacarás un ojo! ¡Que Dios maldiga a tu país!

- Anda, camina y no discutas tanto –dijo Baibars.

Otmân se puso en marcha con los pies arrastras. Al cabo de unos pasos se detuvo.

- Veamos, *osta* Otmân ¿y ahora, por qué te paras?

- Escucha soldado, ¿de verdad quieres hacerme entrar en El Cairo amarrado como un pollo? ¿El Buen Dios puede permitir algo así? Aquí donde me ves, la gente del Cairo me conoce bien, saben que yo soy el jefe de todos los truhanes. Si tú fueras justo, me liberarías y yo iría contigo.

- ¡Sí, pero si te suelto, tú te pondrías a salvo! Y yo terminaré cansándome de correr detrás de ti, porque como extranjero, no conozco bien las calles del Cairo; y además, ¡nadie querrá decirme dónde vives! ¡Y ya me ha costado bastante encontrarte!

- Pues, supongamos que yo me escapo ¿y qué? ¡Tú no has pagado nada por mi persona, ni una pieza de oro, ni un miserable cobre!

- ¡De una vez por todas, te he dicho que no puedes elegir: vas a venir conmigo y a trabajar para mí! ¡Nadie más que tú puede hacerlo! Si quieres que te quite las ligaduras, jura por Dios que no te escaparás y que vendrás conmigo por las buenas.

- Sin problema –dijo Otmân-. ¡Juro por el Nombre del Supremo Hacedor que iré contigo y que no me escaparé!

- ¡Mientes! –replicó Baïbars-. Sólo te creeré si juras por la Dama, la Protectora del Cairo, que no te escaparás; sólo entonces te libraré de las ataduras.

- ¡Qué desgracia! –gritó Otmân-. ¿Quién te ha contado lo de ese juramento, soldado?

- La que me lo ha dicho es la que está más cerca de ti; tu madre, Maryam, la Gorda.

Ante esas palabras, Otmân se encolerizó terriblemente.

- Y tú, basura, ¿cómo has llegado a casa de mi madre? ¿Es que quieres deshonrarme, ojete de mierda?

- ¡A ver, para un poco con tus insultos! ¿Qué le he hecho yo a tu honor?

- ¡A mi madre no la toca nadie! Pero, anda, cuéntame un poco quién te ha dicho dónde estaba nuestra casa.

- ¡Escucha! ¡“Cabeza sin astucia, primera en ser cortada”! Usé un truco para que me indicaran tu casa, y tu madre me recibió. Para probártelo te diré que vosotros vivís en El-Maghâra, cerca de la Gran Tumba; en vuestra casa hay un esclavo negro que se llama Farag y, al lado de la puerta, una gran piedra.

Baïbars le describió también las peculiaridades de la casa y con detalle todos los lugares; todo cuadraba. Otmân se quedó boquiabierto.

- Bueno –dijo Otmân-, y ahora, amigo, dime ¿qué es lo que quieres de mí?

- Quiero que vengas conmigo, y que me jures por La Dama que no huirás. Te llevaré al Cairo, tú te vas a arrepentir de todo lo que provoca la cólera de Dios –¡Exaltado sea!- y entrarás a mi servicio.

- Por el Secreto de la Dama, iré sin fugarme hasta el mausoleo de La Dama, Umm Qâsem.

Baïbars no entendió muy bien lo que había jurado, pues Otmân hablaba comiéndose la mitad de las palabras; así que creyó que había prestado el juramento que le había pedido. De modo que le libró de las ataduras y Otmân echó a andar como cordero delante del matarife. Llegaron al Cairo y caminaron hasta una callejuela que se dividía en otras dos; una de ellas llevaba hasta el mausoleo de La Dama, y la otra, a la Husseiniyeh que daba al palacio de Naÿm El-Dîn El-Bunduqdârî. Baïbars conocía el camino de la Husseiniyeh, pero no el que llevaba hasta el santuario de La Dama; así que quiso tomar el de la Husseiniyeh.

- No, soldado, ¡ven por este otro lado, por aquí se llega antes a la casa de Abu Bunduq<sup>1</sup>! –le dijo Otmân, indicándole la calleja que conducía hasta el santuario de La Dama.

- Es posible –se dijo Baibars para sus adentros- que ese sea el camino más corto. Otmân es de aquí y se conoce todas las calles al dedillo.

De modo que siguió andando, sin saber que a Otmân le venía rondando una idea por la cabeza. Como dice el proverbio: “Si el camello tiene una idea; otra tiene el camellero”.

Y el ráwy continuó así...

Poco después llegaron al Santuario de La Dama -¡que Dios santifique su noble Secreto!-. Se dice, que aún hoy en día, ese santuario es célebre. Un edificio de altas proporciones, sólidamente construido; mezquita y lugar de peregrinaje que devuelve la alegría a los corazones afligidos. Unas lámparas brillan sobre él, señal y guía para el peregrino. El Santuario tiene unas ventanas que dan a la calle, y que están protegidas por unas rejas de cobre dorado. Cuando Otmân llegó a la altura de las ventanas, dio un brinco más rápido que el relámpago y se enganchó a una de las rejas gritando:

*¡Oh Dama Bienamada, Protectora del Cairo  
imploro tu socorro, escucha mi plegaria  
me arrodillo ante ti, no me rechaces  
líbrame del mal, aleja a este soldado.*

Y prosiguió el ráwy...

Cuando el emir Baibars vio a Otmân, que aferrado a la reja de la ventana pedía socorro a Dios, y se colocaba bajo la protección de La Dama Zeynab, Protectora del Cairo, exclamó:

- Pero vamos a ver, Otmân, ¿no me habías prometido que vendrías conmigo? ¿En qué ha quedado tu juramento? ¿Dónde está la promesa que me habías hecho? ¡Dios te castigará! ¿Por qué me tienes miedo? ¡Rechaza la tentación del diablo y ven conmigo!, ¡ya me has hecho perder bastante tiempo!

- ¡Eh, soldado! -replicó Otmân-, ¡lárgate a arreglar tus asuntos, y que Dios te ayude con ellos! Yo te había dicho que vendría contigo hasta el santuario de La Dama; ¡pues bien el santuario de La Dama es aquí! Y como se suele decir: "¡El protegido por gente honorable no teme a la desgracia!".

- ¡Me has engañado, pero no te vas a salvar de ésta, te voy a llevar a la fuerza!

---

<sup>1</sup> Otmân cada vez que se refiere a Naÿm El-Dîn El-Bunduqdârî, lo llama “Abu Bunduq”, un juego de palabras que viene a significar algo así como “Padre de la nuez” o “el vende-nueces”.

Baïbars avanzó para arrancar a Otmân de la reja de la ventana, pero éste, al verle llegar, se aferró aún más y comenzó a gritar:

- ¡Piedad, oh, Dama, me pongo bajo tu protección! ¡Sálvame!

Luego cayó en trance, golpeándose la cabeza contra los hierros de la reja, con la boca llena de espumarajos, como la de un camello a la carrera. El guardián del mausoleo, que había presenciado toda la escena, corrió hacia Baïbars mientras le hacía una serie de reproches:

- Soldado -le dijo-, deja tranquilo a Otmân, y ve a ocuparte de tus asuntos. Mientras esté aquí, no se moverá, ni aunque el rey El-Sâleh Ayyûb en persona viniera a reclamarle. Ya basta, déjale. El Señor sabe bien lo que hace. Tú no debes molestarle ni hacerle daño.

- ¡No era esa mi intención, hermano, te lo juro por este santuario! ¡Sólo busco su bien! ¡Quisiera tomarle a mi servicio. Le he cogido cariño y me gustaría hacer que se arrepintiera de sus faltas!

- Soldado, ¿acaso no sabes lo que el Señor ha dicho?: "No eres tú el que guía a los que amas, es Dios el que guía a quien Él decide". Así que déjale en paz, Dios viene en ayuda de los desgraciados.

Y el râwy continuó de este modo...

Mientras Baïbars andaba discutiendo con el guardián del mausoleo, la crisis de Otmân comenzó a remitir; al cabo de unos instantes, cayó al suelo. El guardián corrió hacia él y lo levantó, lo colocó sobre sus hombros y lo hizo entrar en el santuario; le tumbó sobre una alfombra y le cubrió con una manta. Baïbars le siguió y se sentó a la cabecera del lecho; se puso a recitar el Corán y a pedir la intercesión del Príncipe de los hijos de Adnân, y a rogar porque Otmân fuera conducido por la buena senda. Imploró el socorro de Dios con estos versos:

*Por el honor del Profeta elegido de la Arabia,  
por los Profetas, orgullo de la creación,  
y por el honor de los Santos y también de los Justos  
y de los hombres de fe de nuestra religión,  
acéptanos, oh Dios mío, y manténnos en el buen camino,  
para que todos marchemos en la fe.  
Haz que no te suplique en vano, Señor,  
guía hacia Ti a Otmân y a todos los pecadores.*

Y siguió así el râwy...

No había terminado aún su plegaria Baïbars, cuando Otmân volvió en sí y exclamó con un fuerte vozarrón, algo que jamás sonroja al que lo pronuncia:

- ¡No hay más Dios que Dios, y nuestro Señor Muhammad es Su Profeta; que la plegaria y la bendición de Dios sean sobre él. Que mi alma sea tu rescate y que Dios te acoja en su seno, señor Abu Bakr, y a ti también, Omar el Rojo, y a ti, Uzmân, y a ti, Alî “Abu Haydar”<sup>1</sup>!

Luego volvió la cabeza a izquierda y derecha, y vio al emir Baibars sentado a su lado.

- ¡Soldado, soldado -dijo Otmân-, por el Profeta, que yo te serviré! ¡Por el Secreto de La Dama, la muerte es algo terrible, amigo!

- ¿Pero qué te ha pasado, hermano, dime? Al principio no querías ni acercarte a mí, ¡y ahora me dices que vas a servirme! Si tus palabras son falsas o engañosas, eso sería algo muy grave; pero si eres sincero, entonces Dios vendrá en ayuda de los sinceros.

- ¡Por el Profeta y el Secreto de la Dama, te estoy diciendo la verdad, porque he visto con mis propios ojos la prueba certera, gracias a la Purísima Dama, Umm Qâsem; pues la he visto en sueños, mientras dormía; ella me ha regañado por todo lo que había hecho y me ha dicho: "Ponte al servicio del soldado, y arrepíentete de tus pecados. Vuelve pronto al recto camino de Dios, y obtendrás la recompensa más alta." Luego me amenazó con una lanza, con la que quería ensartarme, y no me ha dejado en paz hasta que yo he dicho: "Me arrepiento". Y luego, soldado, ella me ha hablado de ti; me ha contado que tú serás rey de Egipto y de Siria y que llegarás a ser el "gran jefe", en el lugar de Sâleh Ayyûb.

- Y ahora -dijo Baibars-, ¿te vas a arrepentir y a lavar tus pecados?

- Oh, sí, me arrepentiré, pero con una condición. De entrada, te hermanarás conmigo ante la Dama, y luego, cuando seas un "jefazo", no te harás el importante conmigo, y entre nosotros nos hablaremos en confianza y sin protocolos. No tendrás secretos para mí, y no irás a ninguna parte sin decirme adónde; me darás de comer lo mismo que tú comas y me pasarás tantas *orondas amarillas*<sup>2</sup> como yo quiera.

- Acepto tus condiciones -dijo Baibars-, pero yo también tengo las mías.

- ¿Y cuáles son esas condiciones, amigo?

- Tú me servirás correctamente y te arrepentirás de tus faltas; luego, ayunarás durante el mes de Ramadán, harás tus plegarias, no beberás vino, no fornicarás, no matarás a los que Dios ha prohibido que se mate, no robarás, pues el oficio de ladrón es una infamia y lleva a la perdición a quienes lo ejercen.

- ¿Todo eso? Pero ¿de verdad hace falta que deje todo eso?

<sup>1</sup> Se trata de los cuatro primeros califas, sucesores del Profeta a la cabeza de la Comunidad Islámica, considerados como, después de Muhammad, "los mejores de entre los hombres", al menos para los sunníes.

<sup>2</sup> Monedas de oro.

- Desde luego, lo habrás de dejar todo, pues, como se suele decir: "Conservar la virtud es más difícil que sostener con la mano un carbón ardiendo" Ahora ven, que voy a enseñarte lo que hay que hacer, para que prestes juramento de cumplir la penitencia y yo te pueda adoptar como hermano ante la Dama.

Otmân se levantó y se puso al lado de Baïbars, y de ese modo se hermanaron ante el mausoleo de la Dama, convirtiéndose en hermanos ante Dios -¡exaltado sea!

Y prosiguió el râwy de este modo...

Otmân tenía una especie de caftán con botones de plata...

- Voy a enseñarte un truco con los botones de tu caftán para que te puedas acordar de tu acto de arrepentimiento -dijo Baïbars.

- Muy bien, maestro, ¡que Dios te ilumine!

Entonces Baïbars, abrochando el primer botón, dijo:

- Esto significa que renuncias a la bebida.

Abrochó el segundo y dijo:

- Ésta es la señal de que tú renuncias a fornicar.

Abrochó un tercero y dijo:

- Y éste, que renuncias a robar.

Abotonó un cuarto diciendo:

- Y este otro, que renuncias a matar.

- ¡Eh, basta ya! -exclamó Otmân-. Escucha soldado, pongamos por caso que alguien me haga una mala jugada, ¿¡es que tengo que pasarlo por alto?! ¡Por el Profeta, que le pienso partir el cuello, sí!

- ¡Eso está prohibido!

Bueno -dijo Otmân-, entonces sólo le haré unas pocas cosquillas.

Baïbars, ante ese comentario estalló de risa, y luego dijo:

- Está bien, ahora ven, que te voy a enseñar cómo purificarte de la suciedad; cómo tienes que hacer las abluciones y las plegarias, además de todas las obligaciones rituales, como el peregrinaje, la limosna obligatoria, y el ayuno durante el Bendito Mes de Ramadán.



Y Baïbars se puso a explicarle todo eso.

- De acuerdo, soldado -dijo Otmân-, pero dime, en el fondo ¿qué son las *balbuciones* y las *pringarias*<sup>1</sup>?

- Ven conmigo, voy a mostrártelo.

Baïbars le llevó a los excusados, le hizo entrar en uno de ellos, y le enseñó cómo hacer sus necesidades y limpiarse adecuadamente. Entonces, Otmân entró él solo, y al cabo de una media hora, aún no había salido. Baïbars se impacientó, echó una ojeada por una rendija de la puerta, y vio que Otmân, con la espalda apoyada en la pared, se sujetaba con ambas manos la cinturilla de sus calzones.

- ¡Venga, Otmân! ¡Échalo ya y haz lo que tienes que hacer!

- Pero bueno, ¿es que quieres que lo haga a la fuerza?

- Como quieras, si ya has aliviado suficiente, purifícate con el agua de la jarra.

- Ah, eso... ¿y cómo quieres que me purifique?

- Mira, coge la jarra con la mano derecha, vierte el agua sobre la izquierda, y frótate bien con el dedo del medio, y así vuelves a hacerlo varias veces hasta que hayas retirado los restos y notes una cierta resistencia, cuando el ano haga como una especie de chupón. Entonces estarás limpio y purificado.

- ¡Pero qué es todo eso! ¡Una mariconada de nenas preparándose para follar! ¡No, soldado, yo eso no lo voy a hacer!

- Ya lo veremos -dijo Baïbars, blandiendo el *lett*.

- ¡Ey, no tan deprisa, no me sacudas! -¡que la peste se lleve al que hizo esa *albondiguilla*<sup>2</sup>!

Entonces comenzó a purificarse como Baïbars le había enseñado.

- Pero ¡qué te pasa, *osta* Otmân! -murmuraba Otmân para sus adentros-. ¡Te estás lavando el culo como un morbosillo!

Y no veía el momento de rematar, aunque Baïbars le gritaba:

- ¡Venga, sal de ahí y déjate de tonterías, que con eso vas a perder tu dignidad!

Otmân se había purificado lo mejor que supo, y salió exclamando:

<sup>1</sup> Se refiere a "las abluciones y las plegarias". Otmân, con su peculiar lenguaje, siempre que se refiera a abluciones y plegarias empleará estos términos: *balbuciones* y *pringarias*.

<sup>2</sup> Se refiere al *lett* de Damasco; la maza que siempre lleva Baïbars consigo y que tanto asusta a Otmân.

- ¡Ah, soldado, me he quedado tan agusto! ¡y ahora me siento más aliviado!

- Por supuesto, como no podría ser de otro modo: el hombre sólo encuentra la salud con la purificación. Sabe, hermano mío, que la mayoría de los tormentos que acaecen en la tumba vienen por una falta de purificación; es decir, que la plegaria no es válida si no va precedida de limpieza y pureza.

Le tomó de la mano y se lo llevó a la pileta:

- Ven a hacer las abluciones -le dijo.

- ¿Y cómo tengo que hacer las balbuciones, soldado?

- Mira, te voy a enseñar cómo. Yo voy a hacerlo delante de ti, y tú solo tendrás que imitar todo lo que yo haga.

Baïbars se puso de inmediato a hacer las abluciones, mientras Otmân le observaba con la boca abierta. Cuando hubo acabado, se enderezó y vio que Otmân no se había movido.

- Hermano, ¿por qué no has hecho las abluciones? -le preguntó.

- Mis balbuciones las haré yo solo, ¡déjame en paz!

- No, estas cosas hay que hacerlas según las reglas.

Entonces le enseñó a hacer sus abluciones como es debido, aunque al final se purificó conforme al rito [Shafi'í](#). Hecho esto, Baïbars le hizo entrar en la sala de oraciones.

- Haz tu plegaria -le dijo.

- Yo no sé, soldado; no he rezado en toda mi vida. Reza tú delante de mí, que yo te vea, y luego yo haré lo mismo que tú hagas.

- Tienes razón -dijo Baïbars.

Y sin esperar más, se volvió hacia el [mihrâb](#)<sup>1</sup>, pronunció la jaculatoria primera "Dios es Grande", recitó la [Fâtiha](#)<sup>2</sup> y algunos versículos del Corán, se inclinó y se posternó.

- ¡Eh! -protestó Otmân-, ¡esa plegaria no me dice nada!

Baïbars pronunció la fórmula final: "Que la paz sea con vosotros", y dijo a Otmân:

- Venga, haz la plegaria como yo la he hecho delante de ti.

<sup>1</sup> El mihrâb es un nicho que hay en todas las mezquitas y que indica la dirección en que se halla La Meca.

<sup>2</sup> La *Fâtiha* es la azora de apertura de El Corán.

- ¡Eh, por el Profeta! ¡Eso yo no lo pienso hacer aunque me quiebres todos los huesos! ¡No pienso levantar el culo en pompa como un mariconcete! ¡No me puedes obligar a hacer algo así, soldado, ahora yo soy tu hermano!

- ¡Traidor! -le soltó Baibars- ¡Tú eres mi hermano! Venga, a rezar, no tienes nada que temer. No se puede dejar de hacer la plegaria; es un pilar de la religión y un deber obligatorio para todo musulmán.

Cogió del brazo a Otmân con brusquedad, le hizo ponerse de pie, y dijo:

- Tengo la intención de rogar a Dios, ¡Exaltado sea! Di: ¡Dios es grande!

En resumen, Otmân se quedó de pie durante una media hora larga, sin inclinarse ni posternarse. Baibars se le acercó, le hizo doblar la espalda a la fuerza, y le mantuvo en esa posición unos minutos. Luego le hizo levantarse, esperó un poco, y le obligó a tocar el suelo con la cabeza al posternarse de nuevo. En ese momento, Otmân se llevó la mano al culo, para hacerle comprender:

- ¡Que a nadie se le ocurra darme por ahí!

Baibars estalló en carcajadas, a tal punto que acabó por el suelo muerto de risa. Otmân, mejor que peor, consiguió hacer una plegaria de dos genuflexiones.

- ¡Por el Profeta! ¡Mi mirada se ha vuelto limpia, mis problemas se han disipado, mi corazón está en paz, y mi lengua, vivaraz!

- ¡Pues claro! –respondió Baibars-. La oración nos libra de congojas y alegra los corazones. Ahora, haz tu invocación, Otmân, y pide al Señor lo que te parezca bueno, suplícale que conceda Sus bienaventuranzas a nuestros hermanos, los musulmanes, y que extienda su misericordia sobre los creyentes que nos han precedido y que ya no están entre nosotros.

- Eso no lo se hacer yo. Hazlo tú mismo, y yo diré amén.

Baibars alzó sus manos hacia Dios y dijo en voz alta:

- ¡Oh Tú, el Protector de los Justos!

- Amén, amén, soldado –concluyó Otmân.

- ¡Haz la vida más fácil a los que se encuentran en la pobreza y en la desgracia; sana a los musulmanes enfermos; dales de qué vivir a los pobres y necesitados; ten misericordia con los difuntos de los musulmanes, oh Señor de los Mundos!

- ¿Eso es todo, soldado? ¡Pues entonces yo no pienso decir “amén”!

-¿Y eso por qué, hermano?

- ¡Cómo que por qué! ¡Tú te pones a pedirle a Dios que mire por toda la gente que no conocemos de nada, y en cambio no pides nada por mi padre, el Haÿ Afif; ni por mi abuelo, el Haÿ Abd El-Latîf; ni por mi hermana, Umm El-Tableh; ni por mi tía paterna, Bint Aqb El-Daraj; ni por nuestro esclavo negro, Farag!

El ráwy siguió así su relato...

Después de oírle esto a Otmân, Baïbars se dio cuenta de lo simple que era, y le dio tal ataque de risa que casi pierde el conocimiento.

- ¡Serás chiflado! –exclamó cuando recuperó el aliento-; ¡Yo he invocado a Dios en beneficio de todo el mundo, así que tus parientes van en el lote, y la invocación también vale para ellos!

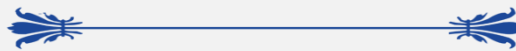
- Bien, bien; yo no sabía todo eso; no me lo tengas en cuenta, y como me has prometido: no nos andemos con tantas maneras entre nosotros.

- No pasa nada –respondió Baïbars-, no tiene importancia. Ahora, ven, volvamos a casa. No querría que el visir Naÿm El-Dîn El-Bunduqdârî estuviera preocupado por mi culpa.

- ¡Ah, sí, Abu Bunduq, un buen tipo! ¡Venga, soldado, vamos allá!

Otmân tomó la delantera, seguido de Baïbars, y salieron del santuario de la Dama. Baïbars estaba feliz por el arrepentimiento de Otmân, y el éxito de su empresa.

FIN



Próximo episodio...

9 – El celo de “Flor de Truhanes”